

Adiós a la sopa de ajo. Hola al sushi



Juan Antonio Contreras
Profesor jubilado

Durante un tiempo Occidente lo conquistó todo y trasplantó por la fuerza a africanos y asiáticos a diferentes continentes. También trasplantó a sus nativos sobrantes a América y Oceanía. También exportó su religión, su tecnología, su lengua, su música, su cine, sus deportes o su literatura. También facturó su Capitalismo. Occidente parecía tenerlo todo.

UN MARCIANO VERÍA AHORA una serie de fortificaciones que rodean a Occidente y lo protegen de Latinoamérica, de África y del Sur de Asia. En el Mediterráneo y el Atlántico meridional, patrullas marítimas intentan interceptar desesperadas barcas cargadas de inmigrantes que se dirigen a las luminosas ciudades de Europa. En la frontera entre EEUU y México cada vez hay más almenas de hierro oxidado, paredes de cemento y alambradas. En los espacios intermedios, a lo largo del duro desierto de Sonora, un camino de bombonas de plástico vacías demarca la marcha del ejército invasor de emigrantes desesperadamente pobres de

El Salvador, Guatemala, Honduras y México. Las patrulleras interceptan en el Caribe barcos con haitianos que intentan escapar de la violencia y la basura de Cité Soleil.

Detrás de las fortificaciones, los espacios que fueron productivos se convierten en eriales industriales o en descampados de bloques de edificios a medio construir, vuelan bolsas de plástico y hojas de periódicos, cagadas de perro y jeringuillas se enseñorean de esos lugares, los barrios obreros se gentrifican, los centros metropolitanos compiten en la altura y el glamour de sus torres de oficinas, en sus edificios culturales icónicos y en sus megacentros comerciales.

Nuestros hijos, que se criaron diciendo adiós a la sopa de ajo y hola al sushi, que subían confiadamente en el ascensor social, sobran, la disponibilidad de fuerza de trabajo ya no es un problema para el Capital desde hace al menos veinticinco años, y el bienestar de la gente se estanca en el mejor de los casos, o más probablemente, se degrada de manera acelerada, como en nuestro país, o incluso de forma catastrófica, como en Grecia. En ambos países todavía queda algún margen para los más jóvenes: el pleno desempleo. A muchos de los sobrantes negros e hispanos en EEUU los almacenan en cárceles; una especie de limpieza étnica.

Pues bien, si hasta hace pocos años, estaba moderadamente satisfecho con la posibilidad de ejercer mis pequeños derechos y poder alcanzar un pequeño bienestar, en la actualidad, al igual que cuando mi coche en medio de un viaje de vacaciones empe-

zó a ir más lento por más que pisaba el acelerador, se iba de un lado para otro, y petardeaba lo suyo por el tubo de escape, mientras yo me devanaba los sesos pensando en lo que habría pasado, ahora me ocurre lo mismo con este renqueante, bamboleante y pedorreante artefacto capitalista-democrático con el que viajamos por la vida. Sí, como tantos otros, desde hace unos años me hago las preguntas ¿cómo y por qué? Y, por supuesto, la gran pregunta ¿nos dejará tirados en el camino?

Las voces del milagro español se volvieron sombrías cuando se constató que la memoria acudía al baile con la máscara del olvido. Nos dijeron que un país serio sabía que la justicia ya no consistía en hurgar en las heridas sino de disponer del suficiente maquillaje para disimular las cicatrices. Todavía noté algo así como el vértigo que me entró cuando de joven, cargado con una mochila llena de latas conserva, y, para no ser menos que mis amigos, salté una ancha y honda brecha entre dos peñascos en la Sierra de Guadarrama. El corazón me rebotaba como una pelota atada a una goma.

Algo bastante parecido es lo que precisamente me ocurre ahora con lo que nos está pasando. Lo que parecía como decisivo estaba camuflado y lo que parecía como interesante no era decisivo. En los pórticos de acceso a las ciudades habían esculpido que jamás habíamos sido tan libres como en el tiempo presente. Pero había cámaras de seguridad por todos lados, y la seguridad era de no encontrar empleo o de no encontrarlo decente. Libertad de servidumbre. ”